

***Diario de una loca:* hacia una representación otra de lo diferente**

Eleonora Cróquer Pedrón

En la época clásica, la razón nace en el espacio de la ética. Y es esto, sin duda, lo que da al reconocimiento de la locura en esta época -o como se quiere, a su no-reconocimiento- su estilo particular. Toda locura oculta una opción, como toda razón una opción libremente efectuada. Esto puede adivinarse en el imperativo insistente de la duda cartesiana; pero la elección misma, ese movimiento constitutivo de la razón, en que la sinrazón queda libremente excluida, se revela a lo largo de la reflexión de Spinoza y los esfuerzos inconclusos de la Reforma del entendimiento. La razón se afirma allí, inicialmente, como decisión contra toda la sinrazón del mundo (...) especie de apuesta ética, que se ganará cuando se descubra que el ejercicio de la libertad se realiza en la plenitud concreta de la razón que, por su unión con la naturaleza en su totalidad, es el acceso a una naturaleza superior.

Michel Foucault

Historia de la locura en la época clásica

Hoy en día, un acercamiento al estudio de la literatura latinoamericana del siglo XIX, implica la exploración de una serie de fenómenos culturales que, más allá del reconocimiento de un territorio textual, revelan su carácter siempre dialógico y fronterizo. Se trata, entonces, de un **desplazamiento de la mirada interpretativa** a partir de la búsqueda de nuevos objetos, promovida, a su vez, por un pensamiento que reconoce el funcionamiento híbrido y colindante de las diferentes zonas que componen la discursividad. Semejante cambio de posición acarrea, por una

parte, una reorientación del desmontaje de la obra en función de los pactos de lectura que se desprenden de su existencia temporalmente marcada. Por otra, una revisión de las líneas de pensamiento que se cruzan, resemantizan, excluyen, en su funcionamiento imaginario y, por ende, explican sus estrategias de inserción social. Por último, una redistribución de los sistemas literarios canonizados que posibilita el acceso a aquellos textos que -bien por la dinámica de legitimaciones y silenciamientos que acompañan sus apariciones, bien por las que se establecen en épocas

siguientes- se han mantenido al margen de la academia, y sin los cuales no se puede diseñar una visión completa de las zonas simbólicas enfrentadas en un determinado momento histórico.

Benedict Anderson por ejemplo, para explicar el surgimiento de la concepción moderna de la nación, traza

una línea de vigencias y destituciones entre modelos de pensamiento occidental para demostrar la necesidad de estudiar los orígenes de la Modernidad en los cambios de posición de los grupos humanos frente a ellos mismos, a su entorno y a su origen. Así, llega a la conclusión de que:

(...) la posibilidad misma de imaginar la nación surgió en el plano histórico cuando, y donde, tres conceptos culturales básicos, todos ellos de gran antigüedad, perdieron su poder axiomático sobre el espíritu de los hombres. El primero era la idea de que determinado lenguaje escrito ofrecía un acceso privilegiado a la verdad ontológica, precisamente porque era parte de esa verdad (...) El segundo fue la creencia de que la sociedad se organizaba por un proceso natural alrededor y debajo de un centro superior (...) Las lealtades humanas eran jerárquicas y centrípetas por necesidad porque, como la escritura sagrada, el gobernante era un nudo de entrada a la existencia, inherente a ella. El tercero era un concepto de temporalidad en el que la cosmología y la historia resultaban indiscernibles, y los orígenes del mundo y los hombres, esencialmente idénticos. (...) La lenta y desigual decadencia de estas certidumbres eslabonadas, primero en Europa Occidental, y luego en todas partes, (...) clavó una dura cuña entre la cosmología y la historia'.

Su tesis nos permite, entonces, referirnos al siglo XIX latinoamericano como ese momento de la historia caracterizado por la transición de las inquietudes independentistas a la fundación de los Estados nacionales. De igual modo visualizar cómo, desde la «ruptura» con las formas de organización colonial, las élites intelectuales serán las encargadas de la reestructuración tanto del territorio -mediante la demarcación de fronteras-, como del aparato jurídico -leyes de funcionamiento político-social-, con la intención de ingresar al orden naciente de la Modernidad: el mercado internacional, el progreso, la incorporación a un «orden» histórico. Esto

es: buscarán los medios para conseguir la ascensión de América Latina a un estatuto de *existente*. Desde ellas se legitima el papel del letrado como orientador de las «masas» indiferenciadas y «bárbaras», y se construye el imaginario que permitirá evaluar comparativamente un *cosmos* absolutizante que encarna el ideal de la «civilización» y un *caos* que denuncia las situaciones de «barbarie». Doble funcionalidad que determina por una parte el lugar ideológicamente activo del intelectual y, por otra, la manifiesta intervención del discurso político dentro de la literatura. Como afirma Jean Franco: «En el siglo XIX la literatura se concibió no sólo como

instrumento de protesta social sino también como medio para modelar la conciencia nacional y crear un sentimiento de tradición».3

La literatura se convierte, en tanto espacio enunciativo del letrado, en un discurso que propone modelos simbólicos de representación que permiten reconstruir las líneas ilusorias de un ideal de nación, resolver los conflictos desestabilizadores de lo real hacia la concepción de una imagen «totalizadora» que es concreción lingüística de lo deseado y, por lo tanto, neutralizadora de las posibles diferencias. Por consiguiente, es imagen modélica cuyas pautas de lectura oscilan entre la ficción y la historia -esencialmente definida como *verdadera*-, que circula con frecuencia en espacios de publicación periódica y que, sin duda, está internalizando valoraciones que, progresivamente, se convierten en intermediarias entre el sujeto y el mundo que lo rodea. Por esto, su carácter fundacional no sólo implica la *delimitación de un espacio geográfico* -que vemos aparecer en la preocupación constante por las largas descripciones de la naturaleza, de los límites, de la domesticación del territorio-, sino también *la de un ámbito cultural* -la consecuente aparición de cuadros costumbristas, de observaciones morales e higiénicas, de la domesticación del grupo social-. En efecto: en la medida en que se logra circunscribir el lugar físico, se representan también las marcas que

definen al individuo que en él se desenvuelve -sujeto cultural, en tanto receptor del tejido de discursos entre los cuales interactúan la historia, el modelo de la vida pública y los valores de la subjetividad-, y se distribuyen las cuotas de poder que permitirán la organización política, económica y social de los nuevos estados nacionales.

El intelectual letrado, por lo tanto, en su doble papel de *civilizador* -como *conocedor* de la cultura europea y *conciencia* rectora del proyecto de organización nacional-, y de *fundador* -puesto que es él quien tiene la posibilidad de *escribir-nombrar* al «otro» y, por lo tanto, construirlo simbólicamente y someterlo a sus propios modelos ideológicos-, será el encargado de perfilar, a través de la literatura, una imagen modélica del mundo.

De esta manera, mediante los universos imaginados desarrollará estrategias de representación que le permitan, en una síntesis de imágenes yuxtapuestas, transmitir la *figura* que, en tanto proyecto ideológico, desea instaurar.

Ahora bien, esta idea resulta más compleja si tomamos en cuenta que para la época, no existe un único modelo ideológico. Por el contrario, en las nuevas comunidades que pretenden la organización del Estado, encontramos líneas de pensamiento en constante pugna. Así:

Las luchas entre liberales y conservadores no sólo desgarraban la vida política de los países, sino que las manifestaciones intelectuales también se debatían entre un pensamiento conservador y un pensamiento liberal que prefiguraban los intereses de los grupos urbanos dominantes.'

Igualmente, esta oposición se orientó hacia su progresiva problematización. En primer lugar, los modelos no fueron homogéneos para toda América Latina: lo que en ciertos países fue «conservador», en otros se denominó «liberal». En segundo término, los discursos comenzaron a permearse, originando una tendencia a la hibridación de las perspectivas ideológicas. Por último: «el carácter dislocado entre ideología y práctica social. (...) implicará contradicciones en el interior de los discursos culturales (...)».

En este orden de ideas, el texto de José Victorino Lastarria, *Antaño y Ogaño. Diario de una Loca (Página de la Historia de Bolivia)*, en tanto parte del período en el cual se está configurando el imaginario nacional latinoamericano, presenta una factura ficcional alternativa que sugiere una ramificación del problema. El hecho de que éste sea un discurso atípico dentro de los modelos del siglo XIX -como perspectiva asumida

en la enunciación y en tanto estrategias de representación elegidas-, y el carácter marginado que ocupa en relación a las formas canonizadas por la crítica, nos sugieren la posibilidad de enfrentar una doble perspectiva: la organización del discurso y los parámetros *elegidos* para su composición, y la relación que pueda establecer con el tejido discursivo en el cual se inserta en condiciones de marginalidad.' La primera nos orienta hacia la formación de la obra, en tanto selección de género, personajes, tópicos desarrollados, modelos enunciativos de articulación textual; y, a través de su carácter simbólico, hacia una reinscripción en el orden ideológico que puede servirle de génesis. La segunda direcciona la investigación en torno a la visualización del sistema literario y, en consecuencia, al conjunto de prácticas discursivas del que forma parte.

Como afirma Bernardo Subercaseaux, *Diario de una Loca* es:

(...) una novela breve y compacta (...) que pasó (...) casi desapercibida en su época y que ha sido luego desatendida por la crítica. Trata de un tema recurrente en la literatura naturalista: la enfermedad. De las trece secciones que componen la novela las diez primeras están narradas por la protagonista, que se encuentra recluida en una clínica para enfermos mentales en Río de Janeiro; las tres últimas, en cambio, son narradas por su doctor de cabecera y confidente.

En cada una de las secuencias, mediante flash-backs, la enferma intercala con descripciones del presente recuerdos de paisajes y sucesos ocurridos antes del comienzo de la novela, evocaciones que van proporcionando los antecedentes del drama que la tiene postrada.'

Asimismo:

La serie de títulos y subtítulos (Antaño y Ogaño, «Novela y cuento de la vida hispanoamericana», «Diario de una loca», Página de la Historia de Bolivia») que han enmarcado las ediciones de esta novela no dejan de otorgarle una gama de matices que orientan el sentido del discurso en una dirección que rebasa el que sea solamente considerada como una novela de asunto psicológico como el de referirse exclusivamente al estrecho marco nacional chileno.

Sin privilegiar ninguno de esos encabezados, cada uno no sólo va resemantizando el discurso narrativo, sino que va articulando diversos niveles textuales –desde la historia particular de la vida de la protagonista, parte de la historia de Bolivia, hasta una valoración política del pasado y del presente de las recientes repúblicas hispanoamericanas-, sin por ello excluir la alusión indirecta que el texto hace al proceso chileno: en especial en una matriz genética donde el eje de las relaciones personales y familiares está significando la dimensión socio-política.'

Ambas proposiciones nos permiten delimitar un campo de acción: *la historia* reconstruye *el discurso* de una «loca»; es decir, escenifica, mediante la exposición directa de la escritura –voz- del personaje representado, cada uno de los momentos de su memoria que es, al mismo tiempo, *presente* de la escritura y *pasado* de un acontecer elidido. A lo largo de la lectura, entonces, podemos seguir una actualidad: el proceso interior representado desde la subjetividad de la protagonista, y reconstruir sus antecedentes: los hechos familiares y políticos que la condujeron a la situación desde la cual enuncia. Este doble viaje simultáneo se dibuja, por una parte, desde la *continuidad sintagmática de la emisión*, acorde a la cual la enunciación es «cura», acción de recordar, gesto articulatorio, línea dinámica y progresiva, casi evolutiva, en términos de superación de los desórdenes del alma en función de un estado ideal de equilibrio: «La

pluma, el llanto y el sueño van á curarla pronto (...)» (p. 35) «(...) que tenga valor y serenidad para afrontar el pasado. Su conversación me ha fortalecido, y él me ha prescrito que la narre aquí: es su receta.»(p. 43). Y, por otra, desde la *penetración en la memoria, a la vez narración histórica evocada* de su encuentro con Fructuoso, de la intervención del hermano Ballivián, del hijo perdido, de su matrimonio, de su hija, de la muerte del marido -que acarrea la reconstrucción contextual misma-; y *profundización en la conciencia*, lo cual implica la necesaria exploración del pasado, del momento traumático de la ruptura, como actividad paralela al conocimiento de sí. En efecto, se trata de una concepción integrada del ser histórico y de la subjetividad.

Esta polaridad se refleja simétricamente en la delimitación de una espacialidad doblemente antagónica: el *manicomio* es al mismo tiempo libertad del espíritu y lugar de encie-

rro: «¡Ah! Estoy libre; sola... Pero no; esa monta horrible, mi guardián, está allí. Está, y yo sola, merced a mi estúpido sueño, y *no estoy libre*. Esa pesada puerta está con llave (...) ¡Dios mío, qué reja tan enorme! (...)» (p. 9-10); y el *afuera* dibuja la naturaleza en sus múltiples implicaciones de libertad -fluidez del mar, elevación de la montaña, amplitud de la noche-; así como también la ciudad se califica en términos de demencia y represión: «¿Por qué no aislan también las ciudades? ¿No son todos locos? ¡Oh! sí; el mundo también está aislado! Será porque está habitado por locos.» (p. 20)

De hecho, toda la elaboración del relato contribuye a su organización semántica; a medida que se desenvuelve, se circunscribe un doble campo de significación: aquel que remite

a la locura y, en oposición, el que logra delimitar la cordura. Ahora bien, **ambos actúan en un doble sentido. Si bien es cierto que Petra está encerrada en un manicomio y que realmente sufre ataques de delirio** (fiebre, descontrol, olvido momentáneo, pérdida del sentido), **su discurso descubre una perspectiva que permite relativizar los valores. Entonces, la «locura» aparece asociada a la pasión por los ideales, por el amor a la libertad del espíritu, la lucidez crítica, contrariamente a lo que el orden político impone como tal; y, a la inversa, la «cordura» se perfila irónicamente calificada en relación a la voracidad que (asociada a la conducta «feroz» de algunos locos del manicomio) demuestran los tiranos y la estupidez del pueblo que los sigue:**

*A la sazón les tiraban el almuerzo por la reja á los furiosos. El militar lo arrojó (...) Los otros comieron (...) devorando, aspirando el alimento, mirando á todas partes, gruñendo tal como si hubiera otro tigre para arrebatarlo, lanzando rayos por los ojos.
(...) ¡Estaba allí solamente el animal! El espíritu se había volatizado!... (p. 23)*

Los tiranos no enferman así, porque la locura es su elemento. Están como pez en el agua. Son los reyes de los locos, de toda esa turba que se cree cuerda, porque no tiene alma y hacen cosas como ésta para los que la tienen. (p. 26)

-¡Y esa es la mansión de un pueblo de cuerdos, que ha construido en este sitio un palacio para sus locos! ¿A dónde está la razón? ¿Allá o aquí?. Allá, si la razón consiste en ajustar la vida á las consecuencias del egoísmo y á las exigencias de la sociedad; aquí, si únicamente tienen alma los que saben pensar y sentir sin egoísmo, sin esclavitud, sin estupidez.

¡La humanidad no piensa, y se llama racional y se dice la reina del mundo! Sólo piensa una misma porción, y de esos que piensan, los unos no hacen más que estudiar el modo de esclavizar el espíritu de los otros y de sujetar á la sociedad á un sistema de ideas y de intereses propio para dominarla. Los demás que piensan y no piensan de ese modo, son locos! (p. 27).

Esta construcción nos plantea opciones interesantes: 1) el hecho de **que la enunciación se organice desde la perspectiva de lo marginado: el manicomio, como fortificación que - dentro de lo urbano- sectoriza el ámbito público: espacio físico «otro» dentro de la ciudad; la locura, en tanto categoría subalterna del sujeto íntegro, capaz, con autoridad y capacidad de ejercer sus funciones como entidad «legal»; la femineidad, en su dimensión emblemática de los valores de la Revolución: «Libertad, Igualdad, Fraternidad».** 2) El carácter explícito del discurso que, **mientras arma las líneas del acontecer, presenta la exposición abiertamente conceptual de un discurso crítico en contra del sistema, de la pérdida del**

fundamento ideológico liberal, del **materialismo y la opulencia de la burguesía**, de las prácticas antidemocráticas del gobierno, de la intervención acomodaticia del clero, de la corrupción de los valores morales que regían el proyecto de configuración de los estados nacionales. Entonces, se nos plantea la *locura* como figura simbólica de aquel que ha sido marginado por su pureza ideológica, la rectitud de sus principios y la rebeldía ante la corrupción; pero, al mismo tiempo, como actitud «legitimada por el poder» de aquellos que han transgredido los principios éticos. Doble concepción que parece deslindar Foucault cuando describe la doble conceptualización de la locura a partir del siglo XVIII:

Habría como un halo de sinrazón alrededor del sujeto de derecho; éste se ve rodeado por el reconocimiento jurídico de la irresponsabilidad y de la incapacidad, por el decreto de interdicción y por la definición de la enfermedad. Habría por otra parte, un halo distinto de sinrazón, el que rodea al hombre social y que ciernen a la vez la conciencia del escándalo y la práctica del internamiento. (...)

(...)

(...) dos experiencias de la alienación, una que concierne al ser caído en el poder del Otro, y encadenado a su libertad, la segunda que concierne al individuo convertido en Otro, extraño a la similitud fraternal de los hombres entre sí. Una se acerca al determinismo de la enfermedad, la otra, antes bien, toma la apariencia de una condena ética. 10

Sin embargo, en la novela que nos ocupa, la valoración aparece invertida: se trata efectivamente del sujeto que, incapaz de reinscribirse en la práctica social (Petra llora constantemente, no logra incorporarse a las actividades comunes de la sociedad, no consigue olvidar a Fructuoso, es esclava de su pasión y del recuerdo

de un antaño que le prometía la realización), no puede participar de su función como individuo jurídico (parte de la nación, apéndice del orden público); pero a la vez, de la representación del lugar emblemático de la disidencia: el de aquel que, al ser disidente del tirano, es encerrado (despojada de participación política),

pero que por poseer los valores «universales» de la rectitud y el altruismo, posee la legitimidad de calificar como Otro, «bárbaro», el perfil de aquellos que lo han privado de la libertad. Entonces, y en un segundo nivel de interpretación, lo que se discute no es ya la locura como enfermedad, no es ni siquiera el ámbito de una conciencia que, desde su consistencia psicológica, expone sus pro-

pios desequilibrios. Por el contrario: se trata de una nueva proposición de acercarse a la construcción modélica de lo público y de lo privado, de una denuncia explícita de la barbarie generada por el gobierno absolutista que, refugiado tras el disfraz de la ideología, asume la conducta «inmoral», «éticamente reprochable» del despotismo. Así:

*Se trata de una visión espiritualista, en que los valores que se realzan son el idealismo, el amor y la libertad. Por encima de algunos elementos deterministas, es éste el sentido explícito que transmite la novela (...) Lastarria asume el diseño de la novela naturalista de Zola pero al servicio de presupuestos ideológicos y de una visión de mundo diferentes. Se trata en **Diario de una Loca**, una vez más, de una perspectiva híbrida, en que confluyen el diagnóstico **de lo íntimo** con la receta filantrópica para regenerar la sociedad, la descripción **naturalista** de la lucha de una conciencia con la difusión de un liberalismo **espiritualista** y políticamente mitigado."*

Por tanto:

El efecto ideológico de la novela es producir esa cancelación, manifiesta en la absolutización de los ideales liberales y su consiguiente concreción estético-ideológica en la metáfora de la «locura». Locura y manicomio subrayan, por un lado, el carácter irreal y anacrónico de aquellos valores y, por otro, la cancelación de un proyecto que se tenía como históricamente viable, pero que por su inadecuación a las condiciones concretas de las realidades hispanoamericanas pasó a convertirse en un ilusionismo óptico de ciertos grupos sociales. La perspectiva de la novela agudiza, a través del juego razón-locura, una situación de desarticulación social e histórica padecida por aquellos individuos que defienden a ultranza la pureza de las ideas. Y la razón es sólo su razón: de allí ese idealismo solipsista en el cual los límites del lenguaje de un yo constituyen los límites del mundo.'

Entonces, si bien el modelo de la novela fundacional del siglo XIX en América Latina se construye en base a la narratividad de la historia -es decir, a su volver relato el acontecimiento histórico-, ésta desnarrativiza el episodio en función del lugar hegemónico de la **enunciación** conceptual -esto es: al

fragmentar la linealidad del acontecer, focaliza la atención en el proceso presente de la elaboración discursiva-.¹³ Asimismo, en oposición a la presentación de un discurso homogéneo, sin lugar para las indeterminaciones, desde una voz omnisciente y aparentemente imparcial, capaz de dejar la figura indivi-

dual del autor escondida entre las líneas de un discurso que se asimilaba al conjunto paradigmático de equivalentes resoluciones simbólicas; ofrece un texto cuya matriz significativa se articula desde los vacíos, los signos de puntuación, la imprecisión geográfica y temporal, la descronologización del diario (sin fechas), la duda sistemática y el carácter ambiguo de las valoraciones de cada uno de los significantes estructurantes.

De allí que en este universo representado (donde, por lo demás, se hacen evidentes las estrategias de ficcionalización: Lastarria escribe el diario de una loca), el movimiento sea contrario a lo que observamos en otros: el camino no es el de una progresiva delimitación de la mirada que se conduce desde lo más abarcante y exterior: el paisaje geográfico, hacia la subjetividad: la profundización en los valores que deben domesticar el interior del individuo (sus pasiones), atravesando por las zonas intermedias del comportamiento público (cívico) y privado (familiar). Ahora presenciemos la deconstrucción de los modelos anteriores, que es también deconstrucción de las prácticas discursivas por ellos legitimadas: a saber, se asume la estructura fragmentada del diario, que no es absolutamente diario puesto que también permite lecturas «otras». De esta manera, *desde la subjetividad*, a través de la emblemización de los *espacios* (adentro y fuera de una concien-

cia) y de las *temporalidades* (presente de la intimidad -diario- y pasado de la memoria -historia desprovista de su valor público y circunscrita a lo personal: **historia de vida, de una vida-biografía, confesión-**), se reconstruye la utopía de lo que fue (*añtaño*, un pasado feliz, lugar armónico del idilio, potencialidad de la realización en el hijo fecundado desde los valores de la rectitud) y el caos de su inversión (el *antónimo perfecto, ogaño*: espacio presente de la frustración, la locura, la soledad).

Ante la desolación, sin embargo, queda una posibilidad de recuperar la cordura; es decir, de reincorporarse al Orden social y adquirir nuevamente el lugar de la Razón. Esa posibilidad es la palabra. A través de ella, que sobrevive a la acción aniquilante de la soledad (Petra muere y el médico finaliza su diario), se puede reestablecer la hegemonía del Espíritu y de la Verdad, que ahora aparecen vehiculizados por la figura de la ciencia (en oposición a la de la religión). Así, el letrado, desplazado cada vez más de su función de rector de la organización del Estado, mediante la asociación con esa nueva encarnación del Progreso y de la Verdad como absoluto, vuelve a recuperar el poder y la legitimidad que le sigue proporcionando la escritura: hacerse portavoz de los «valores elevados» de la razón por encima de los rostros polimorfos del «Otro».

NOTAS

- 1 Cf: «Raíces culturales». En: *Cuadernos políticos*, Oct. Dic. 1987, N° 52. Dedicado a «La Nación contra las culturas nacionales».
- 2 *Ibid.* p. 20
- 3 Cf. *La Cultura moderna en América Latina*, México, Editorial Grijalbo, 1985, p. 15.
- 4 González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano*, Cuba, Casa las Américas, 1987, p. 24.
- 5 *Ibid.* p. 27
- 6 Lastarria, J.V. *Antaño y Ogaño. Diario de una Loca. Página de la Historia de Bolivia*, Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1875. El texto, como indica el prólogo a esta edición, fue publicado primero en París en un periódico llamado *El Americano* y luego en la Revista *Chilena*. Autodefine su estatuto discursivo bajo una cláusula de «verdad»: «No es una simple ficción literaria, sino una página palpitante y auténtica de la vida íntima del Presidente D. José Ballivián» y, más adelante: «Hay en estas páginas tema para un drama o novela emocionante, pero el escritor se abstuvo de desarrollarlo, limitándose a narrar concisamente el hecho»; lo cual desde el inicio nos advierte acerca del carácter «histórico» de lo que se va a relatar y, por otra parte, nos permite inferir la subalteridad que la ficción, como género, podía tener ante el público lector.
- 7 Aun, cuando nuestra exposición es apenas una identificación de posibles objetos de estudio a partir del texto de Lastarria, se perfila como una posible investigación futura sobre las distintas formulaciones discursivas en torno a la locura, al lugar de los disidentes, al discurso psiquiátrico, a las textualidades que le otorgan un espacio de representación al loco.
- 8 Subercaseaux, Bernardo. *Lastarria. Ideología y Literatura*, Santiago, Editorial Aconcagua, 1981, p. 272.
- 9 González Stephan, Beatriz. «Del liberalismo romántico al idealismo solipsista». En: G.S., Beatriz. *La duda del escorpión*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1992.
- 10 Foucault, Michel. *Historia de la Locura en la época Clásica*, México, F.C.E., 1976, p. 209-210.
- 11 Subercaseaux, Bernardo. *Op. Cit.* p. 277.
- 12 González Stephan, Beatriz. «Del liberalismo romántico ...» *Op. Cit.* p. 91-92.
- 13 Hacemos referencia a la tesis de Hayden White. En: *El Contenido de la forma*, Barcelona, Editorial Paidós, 1987.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Anderson, Benedict. «Raíces culturales». En: *Cuadernos políticos*. N° 52, Oct.-Dic. 1987.
- 2 Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- 3 . *Vigilar y Castigar*, México, Siglo XXI, 1991.
- 4 Franco, Jean. *La Cultura Moderna en América Latina*. México, Grijalbo, 1985.
- 5 González Stephan, Beatriz. «Del Liberalismo Romántico al Idealismo Solipsista : Diario de una loca». En: *La Duda del escorpión*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1992.
- 6 . *La Historiografía literaria del Liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Cuba, Casa de las Américas, 1987.
- 7 Lastarria, J.V. *Antaño y Ogaño. Diario de una Loca. (Página de la Historia de Bolivia)*, Valparaíso, Sociedad imprenta y litografía Universo, 1875.
- 8 Subercaseaux, Bernardo. *Lastarria. Ideología y Literatura*. Santiago, Editorial Aconcagua, 1981.
- 9 White, Hayden. *El Contenido de la Forma*, Barcelona, Editorial Paidós, 1992.